

No. 10 - Setiembre - 1955



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

PATRIA

Juan Ramón Jiménez

¿De dónde es una hoja
transparente de sol?
-¿De dónde es una frente
que piensa, un corazón que ansía?-
¿De dónde es un raudal
que canta?



Revista Infantil Nacional
Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

GUILLERMO SOLERA R.

DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

Patria	1
Caperucita	2
Guillermo Tell	3
El Poeta a caballo	7
Himno Nacional	9
La zorra y los gansos	10
El primer jornal	12
Yo me como dos	14
Página de los niños	16

SETIEMBRE 1955

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 10

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

¢ 0.20

CAPERUCITA

Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en dónde está?
-Al viejo bosque se fue por leña,
por leña seca para amasar.
-Caperucita, di, ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?
-Tras ella todos al bosque han ido,
pero ninguno se la encontró.
-Decidme, niños, ¿qué es lo que pasa?
¿Qué mala nueva llegó a la casa?
¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?
¿Caperucita no regresó?
-Sólo trajeron sus zapatitos...
¡Dicen que un lobo se la comió!

Francisco Villaespesa



GUILLERMO TELL

Continuación

Todos los días corren por las aldeas de la montaña noticias de nuevas desgracias y afrentas. Gessler, el orgulloso gobernador de Uri, ejerce sobre los duros montañeses suizos la tiranía más odiosa en nombre del Emperador. Insulta a sus mujeres, incendia sus chozas y arrasa sus haciendas y rebaños. El anciano Mechthal, con las órbitas sangrientas y vacías, recorre la montaña pidiendo venganza: Gessler ha mandado arrancarle los ojos en castigo de una falta cometida por su hijo.

En la plaza de Altdorf los esbirros del gobernador levantan una lúgubre fortaleza en cuyos calabozos han de dormir eternamente los que no acaten a ciegas la tiranía. Pero con mal agüero se alza la cárcel: al cubrirla, un obrero pierde la vida, desplomándose desde las altas pizarras.

Las húmedas mazmorras aguardan a los hombres libres. Y para probarlos, Gessler ha ordenado colocar en la plaza, en la punta de un palo, el sombrero ducal, al que todos deberán saludar respetuosamente, como si fuera el gobernador en persona.

Ante semejante burla los nobles corazones suizos se llenan de ira y de vergüenza. Pero el no obedecer cuesta la vida, y los escasos transeúntes que se ven forzados a atravesar la plaza, hombres, mujeres y niños, tragándose su sonrojo, se descubren y se inclinan ante el espantajo de la tiranía.

Guillermo Tell está trabajando en su choza de la montaña, cortando leña para el invierno, mientras sus dos hijos, Gualterio y Guillermo, juegan a su lado. Sueñan con ser cazadores famosos como su padre, y se ejercitan alegres en tirar la ballesta.

Tell deja el hacha, y sentado junto al hogar habla así a su esposa:

—Vergonzosa es la esclavitud de nuestra patria. Los corazones montañeses desbordan de ira y de dolor. Un día estallará en todos los cantones la revolución, y entonces mi arco se unirá a las hachas y picas de mis hermanos. Sólo temo por la suerte de nuestros hijos. Gessler me odia no sólo porque he salvado a un leñador perseguido por sus jinetes, sino porque le he visto a él, al orgulloso gobernador, temblar en mi presencia. Fue hace unos días; cazaba yo junto a un precipicio, en un despeñadero solitario, y al avanzar por un desfiladero abierto entre los peñascos me encontré al gobernador que venía solo en dirección contraria. No podía retroceder porque sobre su cabeza se elevaba la roca viva, y abajo, a sus pies, bramaba despeñándose el torrente. Cuando me conoció y me vió avanzar hacia él con mi arco en la mano palideció, temblaron sus rodillas, y comprendí que estaba a punto de caer al precipicio. Entonces me dio lástima de él; le sostuve y le saludé humildemente, siguiendo luego mi camino. Pero ha temblado delante de un hombre del pueblo, y sé que jamás me perdonará esta humillación.

Luego, volviéndose a sus hijos, les dice:

—Ea, pequeños; vuestro padre baja hoy a la ciudad. ¿Quién quiere acompañarle?

En seguida Gualterio deja su juego y corre hacia él:

—Yo iré, padre. Yo quiero andar siempre contigo y aprender a cazar.

Tell se echa sobre los hombros su zamarra de piel, toma su ballesta y sus flechas y emprende el camino con el pequeño Gualterio. La esposa llora en silencio junto al hogar de leña, mientras el otro hijo mira con envidia alejarse a su padre y a su hermano.

En un claro del bosque de Rutli, rodeado de altos ventisqueros, bajo los abetos nevados, se celebra esta noche una extraña asamblea a la luz de la luna.

Por los empinados senderos protegidos con barandales de madera van llegando campesinos, pastores y cazadores de todos los cantones, alumbrándose con antorchas. Cuando se encuentran en el claro del bosque cambian un santo y seña y se estrechan las encallecidas manos en silencio. Son conjurados de todos los pueblos que van a celebrar asamblea con arreglo a sus antiguos fueros para alzarse en rebelión contra el tirano.

Faltan los conjurados del cantón de Uri y todos aguardan sobrecogidos de emoción, encendiendo una fogata en medio de la pradera. La ermita del bosque deja oír dos campanadas.

De pronto una voz exclama gozosa:

—¡Oh, mirad! Un feliz augurio. La luna enciende en la niebla un arco-iris nocturno. Desde nuestros abuelos no se había vuelto a ver tal maravilla.

Todos los ojos contemplan, asombrados de gozo, el signo maravilloso. Bajo el arco de siete colores, tendido sobre el lago, pasa ahora una barca. Son los conjurados de Uri.

Pero el más anhelantemente esperado, Guillermo Tell, el cazador, no viene con ellos. ¿Qué habrá sido de él? Nadie lo sabe.

Los conjurados suman en total treinta y tres. Representan la voluntad de todos los cantones en cuyo nombre han venido, y, con arreglo al ritual de sus abuelos, comienza la asamblea foral en torno a la hoguera. Se colocan en círculo, clavando sus armas en el centro. El más anciano los preside y habla con las manos apoyadas en dos espadas:

—¡Hombres libres de todos los cantones, representantes del pueblo! Oíd lo que nos contaron nuestros abuelos. Había antiguamente un gran pueblo en el Norte que padecía hambre cruel. En tal situación resolvieron que la décima parte de sus habitantes abandonase el país en busca de nuevas tierras deshabitadas. Así llegaron los emigrantes, hombres y mujeres, a estas montañas, entonces desiertas. Nuestros bosques de abetos y nuestros lagos helados les recordaron su patria, y aquí decidieron quedarse. Edificaron nuestro viejo castillo, talaron el bosque en torno a los lagos, levantaron sus chozas junto a las fuentes y roturaron la tierra. Así nació un pueblo donde antaño sólo habitaban los osos. Ellos extinguieron la raza del dragón venenoso de nuestras lagunas, construyeron nuestros caminos tallados en la roca y engendraron a nuestros antepasados. Somos, por tanto, un pueblo libre nacido del trabajo y del esfuerzo. Vosotros, nietos de aquellos héroes, ¿renunciaréis algún día a vuestra santa libertad?

—¡Nunca!—contestan todos levantando la mano derecha.

—Pues bien: Gessler, el gobernador extranjero, no os reconoce como hombres libres; no respeta vuestras leyes ni vuestros sentimientos, usurpa vuestros bienes y os cubre de infamia con sus crueldades. ¿Juráis todos luchar contra la tiranía de Gessler?

—¡Juramos!—vuelven todos a contestar levantando sus manos.

—El gobernador tiene armas y soldados. Nosotros sólo tenemos el derecho. Los príncipes y los nobles lucharán con sus brillantes ejércitos contra un pobre pueblo desarmado de campesinos y pastores. Que nadie retroceda ante la muerte. Cuando llegue el momento veréis encenderse hogueras en la cumbre de todos los montes. Acudid todos entonces; derribad las fortalezas y la cárcel de Altdorf; dad vuestra vida por vuestra libertad.

Y luego el anciano, extendiendo sus manos a derecha y a izquierda, clama como un himno:

—¡Queremos ser libres!

Los conjurados lo repiten. Lo repiten por tres veces con las manos en alto y se abrazan. Después se alejan por tres caminos diferentes.

La hoguera se apaga y comienza a amanecer sobre los montes de hielo.

Continuará en el próximo número



EL POETA A CABALLO

Juan Ramón Jiménez

¡Qué tranquilidad violeta,
por el sendero, a la tarde!
A caballo va el poeta ...
¡Qué tranquilidad violeta!

La dulce brisa del río,
olorosa a junco y agua,
le refresca el señorío ...
La brisa leve del río ...

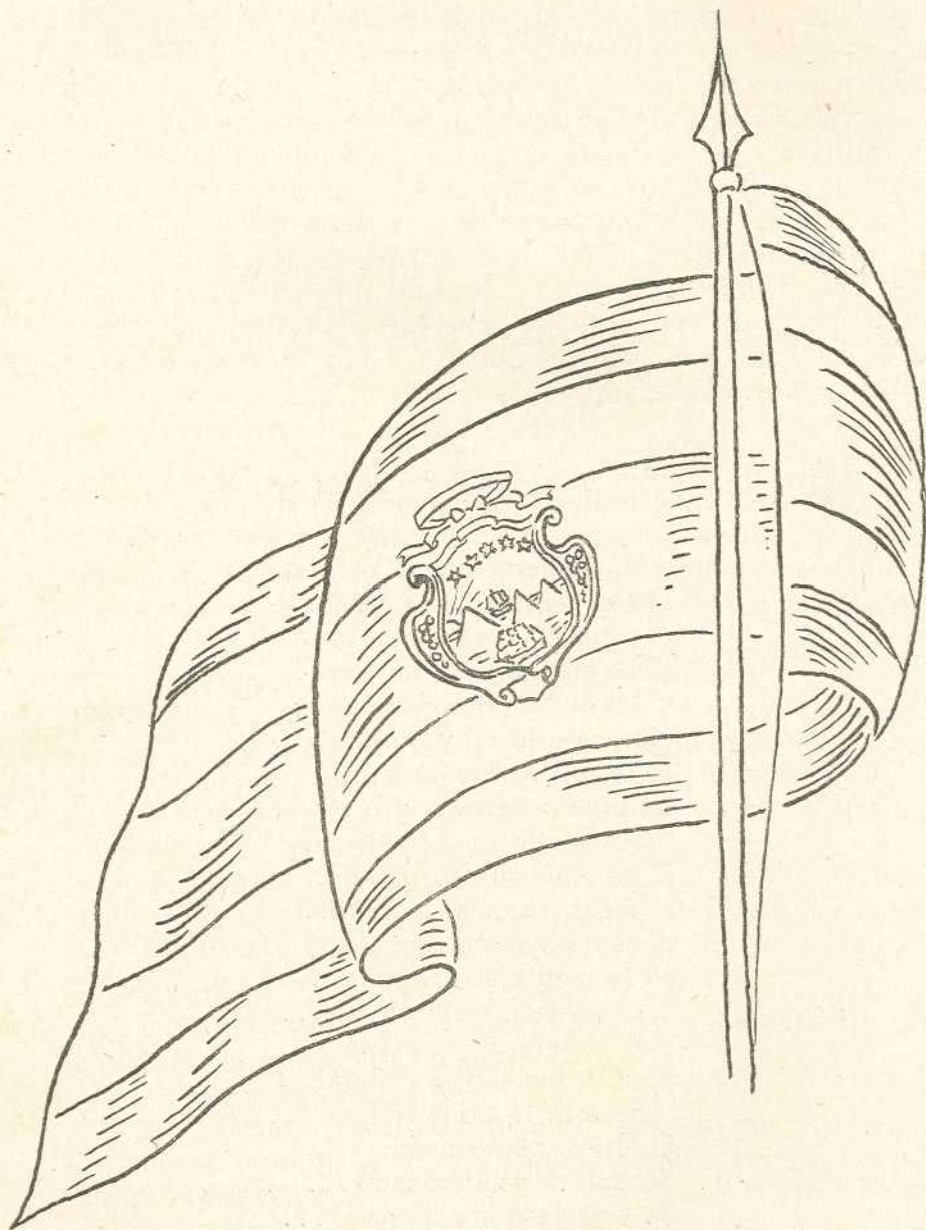
A caballo va el poeta ...
¡Qué tranquilidad violeta!

Y el corazón se le pierde,
doliente y embalsamado,
en la madre selva verde ...
Y el corazón se le pierde ...

A caballo va el poeta
¡Qué tranquilidad violeta!
Se está la orilla dorando ...

El último pensamiento
del sol, la deja soñando ...
Se está la orilla dorando ...

¡Qué tranquilidad violeta,
por el sendero, a la tarde!
A caballo va el poeta ...
¡Qué tranquilidad violeta!



Bandera de Costa Rica

HIMNO NACIONAL DE COSTA RICA

*Noble patria, tu hermosa bandera
expresión de tu vida nos da:
bajo el límpido azul de tu cielo
blanca y pura descansa la paz.*

*En la lucha tenaz de fecunda labor
que enrojece del hombre la faz,
conquistaron tus hijos labriegos sencillos
eterno prestigio estima y honor.*

*¡Salve oh tierra gentil!
¡Salve oh madre de amor!
Cuando alguno pretenda tu gloria manchar,
verás a tu pueblo valiente y viril
la tosca herramienta en arma trocar.*

*¡Salve, oh patria!, tu pródigo suelo,
dulce abrigo y sustento nos da;
bajo el límpido azul de tu cielo,
¡vivan siempre el trabajo y la paz!*

José María Zeledón B.



LA ZORRA Y LOS GANSOS

Una zorra llegó una vez a un campo en el que se encontraba una gran cantidad de hermosos y gordos gansos.

Al verlos la zorra rió y dijo:

-He llegado como si me hubierais llamado; estáis todos juntos y puedo comerlos uno tras otro.

Los pobres gansos se asustaron muchísimo y empezaron a graznar y a pedir misericordia. Pero la zorra que no quería oír nada dijo:

-No hay perdón ni misericordia, os voy a comer a todos.

Un ganso tomó ánimo y dijo a la zorra:

-Ya que nosotros, pobres gansos, tenemos que dejar nuestra vida, permítenos decir una oración para que no muramos en pecado. Si nos dejáis terminar nuestra oración nos pondremos en fila para que puedas siempre escoger el más gordo.

-Está bien, respondió la zorra: esta es una piadosa súplica: rezad y esperaré.

Pues bien, graznó el primer ganso y graznó y graznó y como no terminaba siguió el segundo, y como éste tampoco terminaba, comenzó el tercero y luego el cuarto, y así siguieron hasta que todos estaban graznando y haciendo un ruido infernal.

Se cree que todavía están graznando los gansos y la zorra esperando a que terminen.

Hermanos Grimm

Traducido del alemán por Gudrun Pascka



EL PRIMER JORNAL

Antonio Casero

Estoy d' alegría
así como loca;
no sé que me pasa
que estoy mu gozosa;
mi pituso, el chaval que pa enero
cumplirá trece añitos, ya cobra
d'aprendiz de ebanista un realillo,
un realillo, seña Telesfora;
ya es un hombre mi pobre pituso.

Con qué gusto llegó de la obra,
 y me dijo con too requilorio
 y el aquél de una grave persona:
 -Ahí van, madre, seis días, seis riales;
 son pa usté: no se quede usté tonta,
 que los ha ganao Menda y son suyos:
 tómelos, ya tié usté pa la compra.
 Sucedió que m'ha dicho el maestro,
 -que le deben de dir bien las cosas-;
 "Tú, chaval: anda y dile a tu madre
 que dende esta semana ya cobras,
 porque vales y tiés amor propio,
 y trabajas y tiés güena nota,
 no t'ajuntes con malas personas".

Y el pobre reía
 con risa nerviosa,
 diciéndome: -Madre,
 yo lo gano ahora;

Ya se pué dar usté güena vida;
 y si padre se pone cogorza
 y se gasta el jornal, y los sábados
 llega a casa sin perras, no importa;
 aquí está su pituso hecho un hombre
 pa ganarlo pa toos; ya no hay broncas
 por si no hay pa pagarle al casero
 y si fían o no en la tahona;
 ahí van, madre, seis días, seis riales;
 son pa usté, no se ponga usté tonta,
 que los ha ganao Menda y son suyos;
 tómelos, ya tié usté pa la compra;
 y besaba a su hermano de pecho,
 y el chiquito, Dios mío, ¡qué cosas!;
 parecía entenderle a su hermano,
 y los dos se besaban. Yo boba,
 me quedé contemplando a mis hijos.
 "Dios aprienta", me dije, "y no ahoga".



YO ME COMO DOS

Era una vez un labrador casado con una mujer holgazana y muy comedora. Llegó la época de recoger el trigo y le dijo el labrador a su mujer:

-Mañana, con la última estrella, me iré al campo a trabajar. Así es que me preparas el desayuno muy temprano.

-Está bien -dijo la mujer-, pero no hay más que tres huevos en casa: uno para ti y dos para mí.

-A mí me corresponden los dos- dijo el marido-, que soy el que trabaja.

-No, no; los dos son para mí, que para eso cuido la casa.

Y sobre si yo como los dos, empezaron a discutir acaloradamente. Por fin dijo la mujer:

-Si no me como yo los dos me pongo enferma.

-Así reventarás- dijo el marido.

Y dicho y hecho, la mujer se puso enferma. Fue el cura a confesarla y cuando ya estaba todo preparado para ponerle el Viático le dijo su marido:

-Mujer, no seas terca; levántate de esa cama que si no te van a viaticar.

-¿Me como dos?

-¡No!

-Pues venga el Viático.

La viaticaron y después dijo que se iba a morir. Se fingió muerta, y cuando iban a meterla en la caja le preguntó el marido:

-¿Te levantas o te llevamos al cementerio?

-¿Me como dos?

-¡No!

-Pues al cementerio conmigo.

Se hizo el entierro y cuando ya estaba al pie de la sepultura volvió el marido a preguntarle:

-¿Te levantas o te enterramos?

-¿Me como dos?

El marido que vió que su mujer era capaz de dejarse enterrar viva con tal de no ceder, contestó:

-Sí, mujer, comerás dos.

Ella se incorporó en la caja de un salto y empezó a gritar:

-¡Yo me como dos! ¡Yo me como dos!

Las personas que acompañaban el entierro echaron a correr horrorizadas. Y un cojo, al oír a la mujer gritar "yo me como dos", dijo suspirando:

-¡Pobre de mí y de otro!

Cuento popular

Tomado del Folklore en la Escuela
de Eduardo M. Torner



EL AEROPUERTO

Víctor Manuel Sánchez Arce, — Escuela
de Sta. Rosa, Santo Domingo, Heredia.

LA LLUVIA

La lluvia comienza en mayo y termina en noviembre, reverdecen los pastos y los animales retozan llenos de alegría comiendo pastos verdes. El agricultor rompe el surco con su arado, siembra la semilla que más tarde le dará sustento y bienestar. Los pájaros cantan alegrísimos porque está lloviendo, el ganado brama y el agricultor sueña con su milpa. La lluvia es dulce, el sol chupa el agua del mar y se la lleva a transformarla en nubarrones azules y estando los nubarrones formados se hacen pedacitos y ya viene la lluvia.

María Teresa Rueda C. — IV Grado
Escuela de Belén, Carrillo, Guanacaste